El poder de tus acciones para edificar o destruir // Ramón Ubillos

La importancia de edificar a los demás y usar nuestras fortalezas

La carta a los Romanos 15:1-2 nos enseña que quienes somos fuertes debemos soportar a los débiles y no vivir para agradarnos a nosotros mismos. La meta es edificar al prójimo en lo que es bueno. Dios nos llama a ser edificadores, a levantar vidas firmes y profundas, no construcciones superficiales que solo sirven para el día de hoy. Todos tenemos fortalezas y debilidades, como el mítico Aquiles, y es sabio reconocer que necesitamos la fortaleza de otros para crecer y edificar nuestra propia vida.

El amor que edifica frente a la queja que destruye

La queja apaga la fe y rompe la unidad, mientras que el amor fortalece, une y hace crecer. Cuando elegimos amar antes que quejarnos, estamos permitiendo que Dios use nuestra vida como un instrumento de influencia positiva. Edificar a otros significa ser sensibles a sus luchas y ofrecerles palabras y acciones que les impulsen a avanzar. El amor no solo edifica con palabras bonitas, sino con actos concretos que muestran compasión, paciencia y misericordia. Edificar es sembrar esperanza donde otros solo ven desánimo.

El egoísmo: un obstáculo para la edificación

El egoísmo nos encierra en nuestras propias necesidades, haciéndonos creer que nuestra vida es la única que necesita

atención. Pero Dios nos enseña que nuestra verdadera realización viene al servir y al preocuparnos por otros. Cada vez que prestamos atención a las necesidades ajenas, estamos derribando una parte de ese egoísmo que nos limita espiritualmente. La edificación requiere empatía, disposición para escuchar y voluntad de actuar incluso cuando no nos sobra el tiempo o la fuerza. Es en ese desprendimiento donde Dios obra milagros a través de nosotros.

El poder de las palabras para edificar

Nuestras palabras pueden ser herramientas de edificación o armas de destrucción. Dios nos invita a hablar con propósito, pensando en el efecto espiritual de lo que decimos. Una palabra de ánimo puede cambiar el rumbo de un día, una semana o incluso una vida completa. Pero una palabra dura o corrompida puede quebrar corazones sensibles y detener procesos de restauración. Por eso, debemos ser conscientes de que cada conversación es una semilla que plantamos en el alma de alguien. Cuando permitimos que el Espíritu Santo guíe nuestro hablar, nuestras palabras se convierten en canales de gracia y transformación.

Una actitud positiva como herramienta de edificación

La actitud con la que enfrentamos la vida es parte esencial de nuestra influencia espiritual. Una persona con una actitud positiva basada en la fe es capaz de iluminar ambientes cargados de tensión o tristeza. La edificación muchas veces no viene de grandes discursos, sino de la estabilidad emocional y espiritual que transmitimos. Mostrar esperanza cuando todo parece oscuro enseña a otros que Dios sigue obrando. Cuando decidimos ser portadores de alegría, paz y seguridad, estamos poniendo cimientos sólidos en los corazones de quienes nos observan.

La fe que sostiene en tiempos de crisis

La fe auténtica es la que permanece firme en medio de las tormentas. Cuando alguien cercano atraviesa un momento difícil, nuestra fe puede ser el sostén que necesitan para no derrumbarse. Recordarles que Dios está presente, que no los ha abandonado y que tiene el control, se convierte en un acto profundo de edificación espiritual. Tal como Jesús calmó la tempestad, también nos llama a llevar calma y confianza al corazón de quienes se sienten desorientados. Ser edificadores en la crisis es ser faros que guían hacia la seguridad de la presencia de Dios.

La edificación espiritual y la restauración de vidas

Edificar implica participar en la restauración que Dios quiere hacer en las vidas. Muchas personas cargan heridas invisibles que afectan su caminar diario. Isaías 58 muestra que la verdadera espiritualidad se refleja en nuestras acciones hacia quienes sufren. La restauración ocurre cuando quitamos el juicio, la indiferencia y el hablar vacío, y los reemplazamos con actos concretos de misericordia. Dios promete alumbrar nuestros caminos cuando decidimos iluminar el camino de otros. Ser edificador es ser un puente que conecta a las personas con la esperanza que viene de Dios.

Reparadores de portillos y solucionadores de conflictos

El mundo está lleno de personas que rompen, destruyen y dividen; pero Dios busca a quienes restauran, unen y sanan. Ser “reparadores de portillos” significa intervenir donde otros han causado daño, actuando con sabiduría y mansedumbre para restaurar lo que se ha perdido. No es un trabajo fácil, pero sí profundamente necesario. Quienes tienen la gracia de Dios pueden convertir problemas en oportunidades para

manifestar su gloria. Dios nos llamó a ser constructores de paz, no generadores de conflicto, y a usar nuestras fortalezas para sembrar armonía donde hay tensión.

Sanidad y reparación en los que nos rodean

Cada vida que tocamos tiene un valor eterno. Muchas personas cargan traumas y experiencias dolorosas que les impiden avanzar. Ser un edificador implica acercarse con sensibilidad, escuchar sin juzgar y ayudar a reconstruir aquello que fue destruido. Dios quiere que llevemos restauración a corazones partidos y que seamos instrumentos de sanidad emocional y espiritual. Cuando edificamos a otros, también fortalecemos nuestra propia vida, porque la restauración de uno se convierte en bendición para todos.

Jesús, el restaurador de vidas

Jesús vino a sanar, restaurar y reconstruir lo que estaba roto. Él no solo levantó personas, sino que les devolvió propósito y dignidad. Seguir su ejemplo significa involucrarnos en la reconstrucción espiritual de quienes han caído o se han desviado. Cuando edificamos sobre Cristo, lo hacemos sobre un fundamento sólido e inquebrantable. Somos llamados a extender su obra, mostrando su carácter y su amor a través de nuestras acciones cotidianas, construyendo vidas que reflejen su presencia.

El fundamento y los materiales de la edificación

Cada uno decide con qué materiales edificar su vida y la vida de otros. Los materiales de honra —oro, plata y piedras preciosas— representan todo aquello que construimos con fe, obediencia y dependencia de Dios. Lo que se hace en la carne, sin propósito eterno, se compara con madera, heno y paja:

materiales que no resisten la prueba. La vida tarde o temprano se prueba con fuego, y solo lo duradero permanecerá. Edificar bien implica pensar en la eternidad, no solo en el presente.

Edificados para ser templo de Dios

Somos piedras vivas en una construcción espiritual diseñada por Dios. Él quiere habitar en nosotros, y para eso es necesario que edifiquemos un corazón ordenado, limpio y sensible a su voz. Ser templo de Dios significa ser un lugar donde otros pueden encontrar paz, amor y guía. Cada decisión que tomamos es parte de esa edificación. Cuando buscamos vivir en santidad, estamos construyendo un espacio interior donde Dios se siente honrado y bienvenido.

Lo temporal del hombre y lo eterno de Dios

La vida nos muestra que lo humano es pasajero. David entendió que mientras su casa estaba bien construida, Dios seguía en una tienda. Esto lo llevó a reflexionar sobre la diferencia entre lo que es temporal y lo que es eterno. Dios quiere edificar vidas con valor eterno, no proyectos momentáneos. Nuestra prioridad debe ser construir lo que permanece: relaciones sanas, corazones firmes y vidas que reflejen su gloria. Cuando edificamos con la mirada puesta en lo eterno, nuestras obras adquieren un significado profundo y trascendente.

El compromiso de edificar y bendecir

Edificar es un compromiso diario, no una acción puntual. Implica decidir conscientemente que nuestras palabras y acciones serán fuente de bendición. Cuando edificamos a quienes nos rodean, creamos ambientes saludables donde todos pueden crecer. La edificación mutua transforma familias, iglesias y comunidades enteras. Podemos pedir a Dios que

refine nuestro carácter y nos dé la gracia para edificar incluso cuando sea difícil. La meta es que nuestra boca sea instrumento de bendición y que nuestra vida se convierta en un testimonio de su amor.